

à los vivos y especialmente al emperador, que puede distribuir recompensas y castigos. Mientras viva deseo agradecer al pueblo, cuando muera haréis mi elogio.

Poseía aquellas modestas virtudes, estimables en el segundo puesto y en el primero insuficientes. En vez de conciliarse Pescennio los ejércitos de Oriente y de marchar sobre Italia, donde urgía su presencia, se detuvo en la voluptuosa Antioquía, persuadido de que su elevación no sería disputada ni manchada con sangre de ciudadanos.

Entre tanto acababa de manifestarse un rival más hábil que él; éste era Septimio Severo, nacido en Leptis, en el Africa Tripolitana de una familia senatorial. Instruido en las letras, en la elocuencia, en las artes liberales y en la jurisprudencia, había desempeñado magistraturas y mandado ejércitos; activo de cuerpo y de espíritu, enemigo del fausto y de la glotonería, violento y tenaz en el amor como en el odio, ocupándose del porvenir y de los medios de explotarlo en su provecho, pronto á sacrificar reputación y probidad á la ambición, era inclinado á la avaricia y más aún á la crueldad. La astrología, aquella pasión de sus compatriotas, le había acariciado con la esperanza del imperio, lo cual le indujo á contraer matrimonio con una siria llamada Julia, porque los astros la habían prometido que sería esposa de un soberano, y en tiempo de Cómodo fué acusado de haber consultado á los adivinos para averiguar si llegaría á emperador algún día.

Al saber la muerte de Pertinax mandaba el ejército de Pannonia; entonces reunió á los soldados á quienes revela la infamia de los pretorianos, y les excita á la venganza en un elocuente discurso y con la promesa más elocuente todavía de un donativo doble que el de Didio. En seguida con la prontitud que exigía el caso escribe á Albino, prometiendo adoptarle y nombrarle César, y absteniéndose de todo paso cerca de Pescennio, por creerlo incorruptible, se adelanta hacia Italia sin otorgar descanso á las tropas ni á sí propio.

Asustado Didio de aquellas siniestras nuevas que se sucedían rápidamente, hacia fortificar Roma y su mismo palacio cual si hubiera cabido en lo posible defenderse; pero los pretoria-

nos, idóneos solamente para la rebeldía, temblaban al oír el nombre de las invencibles legiones de la Pannonia, y de su caudillo. Si al salir de los teatros ó de los baños querían ejercitarse en el manejo de las armas, apenas sabían sostenerlas; tiraban los elefantes al suelo á sus inhábiles conductores; maniobraba mal la escuadra de Misena; se reía el pueblo y regocijaba al Senado.

Presa Didio de la incertidumbre, unas veces hacia que Severo fuera declarado enemigo de la patria, otras pensaba en asociarse al imperio; un día le enviaba mensajes, al siguiente asesinos. Mandó que salieran de la ciudad las vestales y los colegios de sacerdotes para ir al encuentro de las legiones, si bien recibió una rotunda negativa. Armó á los gladiadores de Capua, aspiró á conjurar la tempestad con ayuda de ceremonias mágicas y de la sangre de gran número de niños.

Pero los soldados de la Ombria que custodiaban el Apenino se pasaron á las filas de Severo; otro tanto hicieron los pretorianos inmediatamente que se les prometió perdonarles de todo castigo, á condición de que los asesinos de Pertinax le serían entregados. Luego que el Senado se aseguró de que estaban presos, decretó la muerte de Didio, adjudicó el imperio á Severo y tributó á Pertinax honores divinos.

Fueron diputados senadores ilustres cerca de Severo, y enviados asesinos cerca de Didio, á quien encontraron sollozando y enteramente propicio á ceder el imperio con tal de que le dejaran la vida. *¿Qué daño he hecho? clamaba ¿Hé quitado por ventura á nadie la existencia?* Mas tuvo que pagar con su sangre los sesenta días de reinado que había comprado con su oro (1.º de Junio).

Severo, que en cuarenta días había andado con su ejército ochocientas millas desde Viena á Roma, obtuvo el apetecido imperio sin más asesinatos. Antes de entrar en Roma mandó reunir á los pretorianos vestidos de toda gala dentro de un cuadro formado por sus guerreros, y subiendo á su tribunal les reconvino por su perfidia y por su vileza; ordenándoles entonces entregar sus caballos sus enseñas, les licenció por traidores y les desterró á cien millas de Roma. Después dispuso que fueran ejecutados los asesinos de Pertinax, y apenas le hubo tributado

fúnebres honras, se dedicó á adular al pueblo y al Senado; pero si algunos le creían sincero, sospechaban muchos que fuera un trasunto de Tiberio.

En sustitución de los pretorianos, á quienes había expulsado, escogió cuádruple número de ellos, no sólo en Italia, España y Macedonia, sino también entre sus valientes soldados, sin atender á la provincia de que erran naturales; de aquí resultó un nuevo gravamen en la carga pública. Aquellos cincuenta mil hombres, flor y nata de los ejércitos romanos, debían ser considerados por las legiones como sus representantes y destruir todas las probabilidades de una rebeldía. Así cada uno de los soldados tuvo esperanza de entrar en el cuerpo de los pretorianos, mientras que despojada así de su privilegio la juventud romana, se lanzó á la vida de bandoleros ó al oficio de gladiadores.

Siempre fué en aumento la autoridad del prefecto del pretorio; pues continuó á la cabeza del ejército, y reunió además en sus manos la administración de las rentas y de la justicia.

Ora fuese por gratitud ó por condescendencia política, Severo concedió á los soldados el anillo de oro y el aumento de sueldo, lo cual fomentó su lujo y su molición. Cada vez se relajó más la disciplina, y ostentando los oficiales fausto y refinamiento en todo, excitaron á los soldados á imitar su ejemplo.

Esto no aconteció sino posteriormente; entonces Severo se puso en marcha al frente de tropas aguerridas y leales para asegurarse el imperio que tal fácilmente había adquirido y empeñó la lucha contra sus dos rivales; lucha en que ya no se trataba de vencer á bárbaros, sino á tropas en que había paridad de armas, de táctica y de fuerzas. Sobresalía Severo por la velocidad, la mala fé y el golpe de vista; prometía y faltaba á su palabra; ambos contaban con lo que decía, y quedaban burlados. Cuando partió con dirección á Oriente, en vez de declarar su intento de combatir contra su competidor, anunció que apetecía restablecer el orden en las provincias. Hablaba de Níger con la miel en los labios como de un generoso vengador de Pertinax y de un antiguo amigo; hasta se proponía, según propalaba, hacerle sucesor suyo. Hizo que se educaran los hijos de éste, á quienes había mandado poner presos, con los

suyos propios. No obstante, rehusó asociarse al trono é indujo al Senado á que le condenara al destierro. Tenaz en sus proyectos, derrotó posteriormente (104), á poca distancia de Cízica á Emilianó, general de Pescennio, y enseguida á éste cerca de Nicea. No reputándose aún por vencido después de este doble desastre, allegó Níger nuevas tropas y fortificó los desfiladeros del Tauro; pero batido nuevamente en Isso, en el mismo punto que Darío, fué muerto cerca de Antioquía, en el momento en que procuraba refugiarse al país de los partos.

Severo ejerció crueles venganzas con los parciales de su antiguo amigo; condenó á muerte á los senadores que le habían servido como tribunos ó como generales, desterró á los demas y confiscó sus bienes. Muchos de los que tenían cargos inferiores, fueron sentenciados al suplicio. Envolvió en la condena de los padres á los hijos, que había guardado en rehenes, y exterminó la familia de su antagonista. Arrancó sus privilegios á las ciudades que se habían declarado en favor de éste, especialmente á Antioquía, que sometió á Loadicea. Aquellos que de grado ó por fuerza habían suministrado dinero á Níger, tuvieron que aprontarle el cuádruple de aquella suma; en vano se alzaban quejas de todas partes, pues no hacia de ellas ningún caso.

En el calor de la victoria pasa el Eufrates, cae sobre los habitantes de la Osronea y de la Adiabena, que durante las últimas disensiones habían dado muerte á los romanos y sacudido su ominoso yugo. Después de haberlos vencido penetra en Arabia para castigarla por haber abrazado el partido de Níger; hace en seguida la guerra á los partos, conquista parte de la Mesopotamia, que reduce á provincia con Nisibe, su capital, y pone asedio á Bizancio. Esta ciudad, la más populosa y extensa de la Tracia, admirablemente fortificada, y cuya escuadra ascendía á quinientas velas, se defiende con extremado denuedo, arrojando al enemigo hasta las estatuas de los héroes y de los dioses. Al cabo el hambre la obliga á rendirse después de tres años de resistencia, y no perdonando el vencedor á hombres ni á edificios, destruye el principal baluarte del imperio contra los bárbaros.

Albino, que hubiera debido moverse mien-

tras Severo se hallaba ocupado en Oriente (197), olvidando sus veleidades patrióticas desde que éste le había dado el título de César, se durmió halagado por sus promesas. A la sazón se encontró sólo contra un ejército ensoberbecido por la victoria. Conocedor Severo de que le tenía tanto afecto el Senado, como odio profesaba á su persona, no osaba romper con él abiertamente y le escribía lisonjeras cartas; pero al mismo tiempo despachaba emisarios para que le asesinaran. Su deslealtad fué descubierta y pregonada por Albino, que tomando el título de emperador pasó á la Galia y vió reunirse en torno suyo personajes de nota.

Severo sacrifica entonces á una doncella para analizar en sus entrañas cuál sería el desenlace de la guerra, y hace frente á Albino con formidables fuerzas. Ciento cincuenta mil romanos llegan á las manos unos contra otros cerca de Lion; prolóngase indecisa la batalla entre dos ejércitos de igual bravura; corre gran riesgo la vida de Severo, quien al fin alcanza la victoria, y Albino, herido mortalmente (19 de Febrero) espira á los piés de su competidor, quien con bárbara alegría hace que le pisotee su caballo, y le abandona á los perros en el umbral de su puerta.

Había bastado á Severo ocupar á Roma para declararse soberano del imperio; dos batallas le habían hecho vencedor de la facción de Níger, una sólo de la de Albino; tan de poca monta era para el pueblo saber á quién había de prestar obediencia. Hasta los mismos soldados combatían por la grafitificación, y no por opinión ó por un sentimiento de preferencia. Caido un soberano aspiraban á las liberalidades de otro, y querían tener su parte en el saqueo de las provincias que tardaban en someterse.

El deseo de venganza no fué adormecido en Severo por la seguridad; aunque prometió indulto á la mujer y á los hijos de Albino, mandó que fueran degollados y arrojados al Ródano, así como todos sus deudos y amigos, cuyos bienes enriquecieron á sus soldados y á él mismo. Al enviar al Senado la cabeza de Albino, se quejó en la carta que la acompañaba de las disposiciones de los padres conscritos respecto de su persona, y haciendo el elogio del reinado de Cómodo, añadía: *Vosotros que le amáis* (á

Albino), *contemplad en esa cabeza livida los efectos de mi resentimiento*. De vuelta en Roma profirió posteriormente en la curia injurias contra Albino, leyó las cartas que le habían llegado, y ensalzó las precauciones tomadas por Mario, Sila, Augusto, diciendo que Pompeyo y César habían perecido en virtud de una clemencia intempestiva. No quedaron desmentidas con los hechos las palabras; y en el trascurso de pocos días cayeron cuarenta y dos senadores consulares ó antiguos pretores, inmolados con otros muchos á la venganza, á la envidia, á la avaricia del emperador. Hizo deificar á Cómodo y ejecutar á Narciso, que le había ahogado; luego partió á nuevas lides.

Desde Brindis se dirigió á Siria y á Nisibe, en Mesopotamia, para repeler á los partos. Habiendo pasado el Eufrates se apoderó de Seleucia y de Babilonia que encontró abandonadas, y tomó á Ctesifonte, capital del enemigo, después de una larga resistencia y de pérdidas considerables causadas por las enfermedades y el hambre. Roma recibió orden de alegrarse por aquellos triunfos, y en medio de las fiestas proclamó Augustos á sus dos hijos Caracalla y Geta.

Severo toma algun descanso en Siria; después visita la Arabia y la Palestina (198), donde prohíbe la religión hebráica ó cristiana, de lo cual proviene una persecución nueva. Quiso ver los monumentos de Egipto, y los alejandrinos obtuvieron de él un consejo público, que hasta entonces les había sido negado. De orden suya se recogieron en los templos los libros relativos á las ciencias ocultas, y él los encerró en el sepulcro de Alejandro Magno, queriendo que nadie fijara sus ojos en aquellos libros ni en el monumento.

Durante aquel tiempo no se olvidaba, como dice Tertuliano, de espigar algunos de los fautores de Níger y de Albino, y de desembarazarse de los que le hacían sombra. Había depositado toda su confianza en Flavio Plauciano, prefecto del pretorio, cuyo elogio hacía de continuo en sus conversaciones familiares y en el Senado, procediendo á semejanza de Tiberio respecto de Sejano. Senadores y soldados ofrecían á aquel favorito estatuas, votos, sacrificios como al emperador, y juraban por la fortuna de Plauciano. Solo por su mediación se llegaba á pre-

sencia del emperador, y disponía de todos los empleos. Así abusaba de su autoridad, hasta el punto de conducir á la muerte á personajes ilustres sin informar siquiera á Severo, que le creía lleno de celo y de provida, colmándole de honores y casando á su hija Plautilla con Caracalla. Dion dice que el dote que ella le llevó hubiera bastado á cincuenta reinas. Cien personas de familias nobles, y con hijos algunas, fueron reducidas para su servicio á la condición de eunucos.

Envidioso Severo á causa de las muchas estatuas erigidas á Plauciano en Roma, ordenó que fueran derribadas; y viendo en esto ciertos gobernadores un indicio de desgracia, se apresuraron á hacer lo mismo en sus provincias, lo cual valió á unos la destitución y á otros el destierro; declaró en su consecuencia el emperador, que todo el que faltara á Plauciano sería castigado severamente.

No debía ser duradero aquel exceso de privanza. Descontento Caracalla del fausto de Plautilla, concibió tanto odio hácia ella y hácia su suegro que juró su pérdida. Informado Plauciano de sus disposiciones, proyectó apoderarse del trono asesinando á Caracalla y á Severo; mas instruido éste muy pronto de lo que preparaba, le llamó á su lado, y al entrar en el aposento se lanzó á él Caracalla é hizo que le degollaran en aquel mismo sitio, después de lo que podría denominarse un reinado de diez años. Su hija y sus cómplices fueron desterrados ó condenados á muerte; sustituyóle como prefecto del pretorio el famoso jurisconsulto Papiiano, quien se asoció, á fin de juzgar mejor los procesos, otros dos célebres legistas, Paulo y Ulpiano. Con su asistencia promulgó el emperador leyes de gran justicia, aunque de severidad extremada. Las decretó y las ejecutó por sí mismo despóticamente, porque habituado á la vida de los campamentos, y sabiendo cuanto le aborrecía el Senado, desdeñó y holló con sus plantas aquel simulacro de poder intermedio respecto de los súbditos y del soberano. Jamás otorgó gracia, si bien, una vez aniquilados sus enemigos, hizo florecer el imperio. No dejando que le asediaran los libertos, y no confiéndoles funciones públicas, corrigió los abusos que se habían introducido desde Marco Aurelio. Había hallado agotado el tesoro; des-

pues de su muerte lo dejó atestado de oro, y los almacenes quedaron llenos de trigo para siete años, de aceite para cinco, pues había adoptado sus disposiciones para la distribución á perpetuidad de cierta cantidad de aceite á cada ciudadano. Voluntariamente y para honrar al emperador, nacido en su seno, y por gratitud de haber reprimido á los bárbaros, de quienes sufría frecuentes devastaciones, ofreció la Libia Tripolitana gran porción de aceite.

Severo levantó nuevos monumentos dentro de Roma y restauró los antiguos: otro tanto hizo en Antioquía, en Alejandría y en todas las grandes ciudades, que olvidaron la guerra civil, y de las cuales muchas se consideraron como colonias suyas adoptando su nombre. Obtuvo el pueblo espectáculos y larguezas, y le debió la paz interior que supo mantener siempre.

Ya cuando se lidiaba en Oriente habían hecho los caledonios una incursión en la Bretaña; y teniendo pocos soldados á su disposición Lupo que la gobernaba, hubo de comprar la paz á peso de oro. Posteriormente se sublevó la parte septentrional de la isla, talando el territorio, y expulsando de allí á las legiones. A la sazón acudió Severo llevando consigo sus dos hijos, para arrancarles de una vida desordenada. Espantados los bretones solicitaron la paz sin obtenerla; pero aunque jamás hubo una batalla en línea, las continuas escaramuzas de los caledonios, unidas á las fatigas de la guerra, hicieron perder á los romanos cincuenta mil hombres.

Persiguiendo al enemigo sin tregua Severo, á pesar de su edad avanzada y de la gota, y llevándolo todo á sangre y fuego hasta sus más inaccesibles guaridas, les obligó á la paz; á fin de separar luego sus nuevas conquistas del país que quedaba independiente, alzó sobre el istmo una muralla de un mar á otro en el Forth y Clyde. Poco tiempo continuaron tranquilos los celedonios, sabedores de que Severo se hallaba enfermo, hicieron una nueva irrupción, y el emperador envió á Caracalla con el encargo de emprender una guerra de exterminio. Este príncipe había causado con su infame conducta la enfermedad de su padre; intentó asesinarle en una batalla, impeliéndole su ambición á abreviar los días del anciano emperador. Co-

mo se hallara á la sazón á la cabeza de un ejército le pareció ocasion oportuna de dar cima á sus ínicuos planes. Ya antes de partir de Eboracum (York) cierto número de soldados y de tribunos habian negado obediencia al achacoso viejo. Severo reconvinó al ejército y mandó decapitar á los más delincuentes, si bien perdonó á su hijo; y este acto de clemencia, único en su vida, fué más pernicioso para el mundo que todas sus crueldades. Entre tanto el pesar acabó de roerle y consumirle. Conociendo que se acercaba el término de su existencia, hizo leer á sus dos hijos el discurso que Salustio pone en boca de Micipsa para exhortar á sus herederos á la concordia, les recomendó especialmente (y en esto estriba la principal habilidad de los tiranos) granjearse el afecto de los soldados con liberalidades, sin ocuparse de lo demás un solo punto. Mandó trasladar la estatua de oro de la Fortuna al aposento de Caracalla, luego de Geta, y exclamó de este modo: *Lo hé sido todo y todo es nada*. En seguida pidió la urna preparada para recibir sus cenizas, añadiendo: *Encerrarás á aquel para quien fué pequeña la tierra*. No pudiendo soportar sus dolencias quiso que le sirvieran veneno, y como se no garan á proporcionárselo comió hasta reventar de hartura (211).

Frisaba en los setenta años, de los cuales habia reinado diez y siete y ocho meses. Su efigie de cera fué colocada sobre un lecho de marfil con paños de oro (4 de Febrero); y por espacio de siete dias se agolparon en torno senadores vestidos de negro y damas con traje blanco. Continuaron los médicos con toda regularidad sus visitas, anunciando los progresos del mal hasta el sétimo dia, en que la muerte fué declarada oficialmente. Entonces fué llevado el lecho fúnebre al foro en hombros de caballeros, acompañado de senadores y de la juventud que entonaba himnos en loor del difunto. Habíase levantado en el campo de Marte una magnífica pirámide de madera con cuatro cuerpos, conteniendo cuatro aposentos uno encima de otro, estrechándose gradualmente. Colocóse en el segundo el simulacro de Severo cubierto de aromas y de flores; y despues de verificarse por los caballeros en derredor de la pirámide carreras de caballos, se la prendió fuego; entonces remontó su vuelo un águila

desde el centro de las llamas, símbolo del alma de Severo ascendiendo á la mansion de los dioses.

Cuando cesaron de hacer temblar las crueldades se encomió sobremanera la justicia de sus leyes, y la perversidad de su sucesor le valió ser comparado á Augusto. Si consideramos no obstante que extirpó los últimos vestigios de la república hollando al Senado, y que introdujo tanto con la práctica como con las doctrinas el sistema despótico, habremos de pedirle cuenta del abuso que sus sucesores hicieron de este sistema y de la ruina á que precipitó el imperio.

CAPITULO XIII

Desde Caracalla á Alejandro.—Restablecimiento del imperio Persa.

Aquella Julia, con quien se habia casado Severo á consecuencia de predecirla las estrellas por marido un soberano, poseia, independientemente de su hermosura, una imaginacion viva, un alma enérgica, y un notable buen sentido. Instruida en artes y letras fué protectora de los hombres de talento, cuyas alabanzas no alcanzaron á adormecer ciertas aventuras escandalosas. Jamás tuvo ascendiente sobre su marido, austero y celoso; pero en tiempo de su sucesor administró con moderacion y prudencia.

Garacalla y Geta, sus hijos, uno de veintitres y otro de veintiun años, juntaban á la indolencia natural de los que nacen bajo la púrpura, monstruosos vicios y extremada animosidad uno contra otro. Su padre habia puesto por obra consejos y reconvenciones para ahogar aquella enemistad; hacia particular estudio en tratarles con igualdad perfecta, hasta conceder á ambos (cosa inusitada) el título de Augustos. Pero Caracalla consideró esto como un ultraje, y Geta aspiró á conciliarse la voluntad del ejército y del pueblo. Pudo, pues, decir Severo, sin ser profeta: *El más fuerte de los dos matará al otro, y al que sobreviva le perderán sus propios vicios*.

No bien hubo cerrado los ojos (4 de Febrero de 211), cuando los dos Augustos pusieron término á la guerra, abandonando los países recientemente conquistados, para presentarse ca-

da unó de ellos en Roma. Proclamados ambos por el ejército, uno y otro ejercieron una autoridad independiente. ¿Cabia en lo posible aguardar que gobernarán de concierto? En el camino jamás habian comido juntos, ni dormido bajo un mismo techo; al llegar á Roma se repartieron el palacio que era más espacioso que la ciudad toda, fortificando uno contra otro la parte que se reservaba, y colocando allí centinelas. Nunca se encontraban sino con la injuria en los labios y la mano en la empuñadura de su espada. A fin de estorbar una guerra inminente entre los dos hermanos, se les propuso repartirse el imperio; pero la emperatriz les hizo renunciar á un tratado que, rompiendo la compacta unidad del Estado, produciria una guerra civil, y el predominio de un partido sobre el otro, ó el quebrantamiento de ambos. Determinó á Caracalla á celebrar una entrevista con Geta en su aposento para reconciliarse; pero el primero degolló al otro en los brazos de su madre.

En lucha con sus remordimientos y con la satisfaccion de su delito, huye el monstruo al campo de los pretorianos; se prosterna ante las estatuas de los dioses, y anunciando que acaba de libertarse de las emboscadas de su hermano, declara que quiere vivir y morir con sus leales soldados. Estos preferian á Geta; mas una vez dado el golpe, tuvieron por mejor disimularlo; además una gratificacion de 2,500 dracmas, concedida á cada uno de ellos, contribuyó á adormecer los murmullos. Su padre le habia dicho: *Hazte amar de los soldados, y esto basta*: nada tenia que recelar del Senado: á fin de distraer al pueblo, permitió Caracalla que deificaran á Geta: *Sea dios (divus) con tal de que no esté vivo (vívus)*, y consagró á Serapis la espada con que le habia atravesado.

Pero las fieras devoradoras desgarraron al fratricida. En medio de las ocupaciones, del libertinaje, de las lisonjas, se le aparecian amenazantes las imágenes de su padre y de su hermano. A fin de borrar todo recuerdo de su víctima, amenazó de muerte á Julia, que le lloraba; hizo perecer á Fadilla, última hija de Marco Aurelio, derribó las estatuas de Geta, y fundió las monedas acuñadas con su efigie; hizo, en fin, degollar á veinte mil personas por la amistad que á este principe les unia. Mandó á

Papiniano, á quien aborrecia porque Severo le habia recomendado velar por la administracion del Estado, y mantener la concordia en su familia, escribir una apología de su fratricidio, como lo habia hecho Séneca respecto de Neron; pero Papiniano le respondió: *Es más fácil cometer un delito que justificarlo*, y murió intrépidamente, sellando así el renombre que le habian conquistado sus conocimientos, sus funciones públicas y sus obras.

Habituado desde entonces á la sangre, nunca cesó de derramarla, y bastó á un senador ser rico y virtuoso para ser delincuente. Un año despues de la muerte de Geta salió de Roma para no tornar nunca á su recinto, y recorrió las diversas provincias, con especialidad las de Oriente, satisfaciendo con avidez su sed de suplicios, no sólo contra los magnates y los ricos, sino contra todo el género humano.

Donde quiera que se hallaba debian prepararle los senadores banquetes y diversiones de enormes dispendios, que abandonaba en seguida á sus guardias; levantarle palacios y teatros, en que ni siquiera fijaba los ojos y que mandaba demoler acto continuo. A fin de hacerse popular vestia al uso de cada uno de los países. En Macedonia, como testimonio de su admiracion respecto de Alejandro, hizo organizar un cuerpo de su ejército segun el modelo de la falanxe, dando á los oficiales los nombres de aquellos que habian servido á las órdenes del héroe macedonio. Fué idólatra de Aquiles en Asia; donde quiera cómico y verdugo. En la Galia derramó torrentes de sangre (216), y mandó dar muerte hasta á los médicos que le habian curado. Para vengarse de una sátira decretó una matanza general de alejandrinos; y desde el templo de Serapis dirigió la carnicería de muchos miles de infelices, delincuentes todos, segun escribia al Senado. Abolió en Alejandría las reuniones literarias, expulsó á los extranjeros, á excepcion de los mercaderes, y separó los barrios con murallas guarnecidas por tropas. Prodigaba oro á farsantes, á cocheros, á cómicos, á gladiadores; y echando mano á su espada, respondió á Julia que le dirigia reconvenciones: *Mientras tenga ésta, nunca me faltarán riquezas*. Sin embargo, cuando hubo disipado el inmenso tesoro de Severo, llegó hasta á fabricar moneda falsa. Por lo demás no se